

1007

AUTONOMA DE BARCELONA
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA
HEMEROTECA

REVISTA DE LITERATURA Núm. 1

/ El Prat de Llobregat, primavera 1984

amb la col·laboració del Casal de la Joventut

index

JOVEN ANTE EL ESPEJO, José Vidal Gonzalez Barredo.....	1
CARTA, Pablo Moro.....	1
COMO SABER EXACTAMENTE LO QUE ESTA OCURRIENDO, Josep Costa.....	2
UNO CINCUENTA, Juan Barbero.....	3
GRUNDA, José Gallofré.....	3
ENSUEÑO/EL SEÑOR SIN SEXO, Isidro Nieto.....	4
ELLA PASSEJAVA PEL CASTELL DE CRISTALL, Josep Meizoso.....	4
RECORDO LES NITS DE TABAC I CAFÉ, Glòria Bassolas.....	4
M'AGRADARIA MIRAR-ME EN ELS TEUS ULLS, Glòria Bassolas.....	4
FULGOR Y MUERTE DE ISAAC NEWTON, Juan Zaldivar.....	5
POLAROID, Joan J. Lara.....	6
ROBERT MAPPLETHORPE.....	7

el divendres dia 11 de maig, 10,— nit

propera reunió de L'INDIANO al Casal de la Joventut,

vine i llegeix els teus escrits.

JOVEN ANTE EL ESPEJO

(A Montse)

Tenue la luz anuncia la próxima presencia de la noche,
pesadas se elevan las persianas de los bares y los clubs,
tamizadas de colores las luces se encienden en las barras.

Tediosas y cansadas putas y travestis inician su trabajo,
en sus casas se preparan, heroes de la nada, Aquiles,
fornidos machos violadores de estas Venus de Milo.

Hoy es sábado, no es un día cualquiera rey nocturno,
abres tu armario de cuatro lunas y en él multiplicas,
dejas tu cuerpo desnudo y observándolo de él te enamoras.

Ensayas delicados gestos y sútiles miradas sugestivas
y de pronto arrebatado por fieros deseos sicalípticos
sensual, practicas amores puros e intensos como albas.

Tu cuerpo navega balanceado por olas voluptuosas
arrojando sobre las paredes blancas de tu cuarto
miles de seres entrelazados y un jactear leve.

Torna la consciencia grave y los mansos movimientos,
del armario, al abrirse los cajones, un arco iris brota
conformado por pantalones, chalecos, camisas, pañuelos...

CARTA

Humo.

El aire se hace azabache.

Llama,

llama sobre el azahar vertical.

Carta... ¿Y tú?

Yo consumiéndome,

cigarrillo a cigarrillo.

Carta...

Porque hoy tu vida da un paso

en el libro de Historia,

en el libro de Historia.

Cincelo el puro mármol

del papel.

No sé.

Yo consumiéndome

cigarrillo a cigarrillo.

Porque ha pasado un año

cigarrillo a cigarrillo...

Humo.

Dime, José Luis

una carta, carta

para tí.

Yo consumiéndome

y no sé,

no sé,

no sé.

Ordenadamente mancho el papel.

Dime José Luis

¿por qué?

Y sólo la llama

en medio del azabache

y un rayo

de astros de plomo

sobre el papel

inmaculado,

inmaculado.

Y un piano ensordece tus palabras,

y la obscuridad,

azabache,

azabache,

me trae tu imagen

lúdica.

Yo consumiéndome

y las notas borran

tu voz.

¡José Luis!

emerges en la tiniebla,

la tiniebla del recuerdo.

Mis dedos cansados,

dormidos,

son hielo, son nieve, son mar.

¿Por qué? Dime tú por qué.

Carta...

porque las lágrimas se perderán en la lluvia,

porque morirá un sol cada día.

Carta...

porque unas notas nos traerán recuerdos,

porque otra pena nos devolverá alegrías.

Carta... ¿Y yo?

Yo consumiéndome.

cigarrillo a cigarrillo

para una carta,

tras un año... y otro año,

para tí.

De «Por ojos de ira apuñalados»
José Vidal Gonzalez Barredo

Pablo Moro

COMO SABER EXACTAMENTE LO QUE ESTA OCURRIENDO

Suena el despertador, te llama tu madre, o te despiertas sobresaltado en lecho ajeno, o simplemente que ya es la hora, te levantas, haces un pipí, te lavas, cagas, te afeitas y te maquillas, mientras te están preparando el café, o has puesto el agua a hervir y la radio da la hora, el primer cigarrillo y ¿qué te pones?, cualquier cosa, revuelves el cajón, los calcetines, la corbata, la faja y cuanto dinero llevas, las llaves y un portazo. El coche, el autobus, lo que sea y llegas a la oficina, al instituto, al taller, a la esquina o a la fábrica de siempre. Buenos días. Buenos días, o ese silencio de boca pastosa, de resaca y de la televisión de ayer noche o que sabe dios. Pasa la mañana rápidamente, sí, rápidamente, y comes en el bar, en casa, o te haces una tortilla, y otra vez lo mismo, lo que sea y luego el tiempo dicen que es tuyo. ¿Qué hacer? Y quizás resulta que no tienes tiempo de nada, solo de cenar, ver la tele y meterte de nuevo en la cama, o solo o con quien sea. Y no ha pasado nada.

Luego estan las películas donde a la gente le pasan cosas, y en realidad son gente como tú, me refiero que tienen dos brazos, una cabeza y algo entre las piernas, lo que sea, o incluso puede que seas paralítico total. No importa. ¿Por qué? ¿Por qué les pasan cosas a la gente de las películas, y a tí no?, pues no, la verdad, ¿nada de nada?.

Cuestión difícil. Sin respuesta. ¿Nada de nada? ¿Seguro? ¿entonces? ¿quién te acompaña? ¿quién está contigo? Estas casado con un ser del cual no sabes absolutamente nada, o que simplemente no le gustan las comidas con cebolla y a tí sí, y no comes cebolla, o que ahora no, mañana, y mañana te pillan el tren. Y pones el tocadiscos para tí solo, y lloras con el Aute, ¿verdad? o te va la marcha simplemente del Rios y ya no lloras, ¿o sí?, porque los viejos rockeros mueren como todo el mundo, ¿o no?. Y pasan los días, porque los días pasan y otra vez Navidad, y otra vez tu cumpleaños, y otra vez te has enamorado y otra vez tienes los dichosos hongos comiéndote los pies, y dudas o estas seguro de todo, y ves el telediario y te preguntas: ¿Cómo saber exactamente lo que esta pasando?, y sueltas la frase genial: Cuando caiga la bomba me gustaría estar follando.

Porque la bomba caera de eso no hay ninguna duda, va a caer y quizás este año y sino el que viene. Y no piensas, claro, que se te despacharán y que tu nombre, hasta entonces anónimo, saldrá en las interminables listas de los lamentables fallecidos por tan luctuoso hecho, claro. Cuando caiga la bomba y tu semen se esté desparramando a borbotones y tu agujero bombee a tope, entonces quizás os salveis y llegareis a ser los únicos supervivientes de la magnitud de la catástrofe (lo llaman así) y entonces tendreis todas las máquinas de «marcianitos» para vosotros solos y todos los McDonalds del mundo para elegir, entonces quizás, y solo entonces, sabreis, sabremos, que es exactamente lo que esta pasando, no antes. Porque vamos a ver, ¿qué es lo que esta pasando en realidad?, bien, te lo diré, porque yo lo sé, yo lo sé todo, sí, todo.

Veo tres chicos jovencitos con pantalones negros y hasta un poco más abajo de la rodilla, con calcetines blancos largos y zapatillas de gimnasia negras, llevan una torerilla negra, y una camisa blanca, el pelo cortado estilo orinal, se corona con una boina tipo colegial japonés negra. Y andan suavemente y al mismo paso, son hermosos. Mis ojos los siguen porque ellos también deben saber exactamente lo que está pasando, o al menos podrían saberlo. También veo dos chicas jovencitas con minifalda y blusa haciendo juego en negro y rojo, no llevan boina, pero el corte orinal les sienta fenomenalmente, también andan suavemente y deben saber lo que exactamente esta pasando, me figuro.

Mis ojos no pueden saber hacia donde se dirijen pero me imagino que al mismo sitio, al último lugar abierto para exhibirse, mostrar su juventud exultante y su post-modernidad, a los otros, a los que se quedaron en modernos sin más. ¿De qué casa salen?. ¿Cómo son sus padres?. ¿A sus padres les gusta?. Evidentemente el dinero de los pantaloncitos y las minifaldas ha salido de ellos, ¿qué piensan?, ellos, los padres, evidentemente no tienen ni idea de lo que de verdad está ocurriendo, ellos no pueden saberlo, ellos solo saben que su mujer no se deja dar por el culo, o sí, y que su hijo/hija les salió hermoso y sobre todo a la moda, y se deben sonreír y con tono de reproche y orgullo los despiden a la puerta de sus casas o con la cara directamente sobre el televisor, y entonces saben que la bomba caerá de todos modos, y entonces, para que quitarles la ilusión a sus niños de ir como les de la gana, y si es a la última, pues mucho mejor, y luego les compran yogurts para fortalecer esos cuerpos que sin duda se deben desgastar con esos andares tan suaves. De verdad y sin orgullo, se debe decir que los jóvenes de ahora son los mas bellos que han sido durante nuestro siglo, de eso no hay duda. Pero no debemos olvidar que las Juventudes Hitlerianas también fueron hermosas, y que el corte orinal les sentaba de maravilla a aquellos mancebos/mancebas, de un Berlín ya ido para siempre, sin retorno posible, a no ser... A no ser que ahora todos estemos en Berlín, lo cual no deja de ser posible, incluso mas que creible, inverosímil. Berlín, 1930. O Hamburgo devastado por las bombas, las bombas, pero no la bomba, la de Hiroshima, eso fue otra cosa, pero resulta que todo se junta a la larga, los calcetines tiroleses y las boinas de colegial japonés combinan a la perfección y el Corte Inglés lo sabe. Yo también. Porque los he visto, y me gustan, me gusta todo, en realidad me gusta todo. Hasta las botas tipo troglodita de hace un par de años también. ¿Por qué no?. Y la juventud, los verdaderamente jovencitos, lo saben todo, de todo. ¿Quién se lo habrá dicho? En 1968, Pasolini escribió: «¿Qué hacen los jóvenes inteligentes de las familias acomodadas, si no hablar de literatura y de pintura?»

En fin no creo que los jóvenes hayan cambiado tanto, sobre todo desde que ya todos somos burgueses gracias a la televisión, (burgueses, palabra usada hasta la saciedad en los sesenta con carácter peyorativo, y despreciada luego, pero la cual se debería reivindicar para llamar exactamente por su nombre lo que de verdad somos: BURGUESES TODOS). En ese programa maravillosamente post-moderno, que se llama «La edad de oro», no creo que se hable de otra cosa como no sea de literatura y de pintura, la música es literatura ya de una vez por todas y la pintura, ciencia espacial, y ordenador a tope. Pues eso, que nos pasamos el día hablando de literatura y de pintura, con algún que otro rato de esparcimiento tipo sexo, que no deja de ser literatura, posiblemente aprendida en el cine como en la pintura, en el cine televisivo naturalmente. Video y más video-clips a todas horas. Y anuncios y más anuncios terriblemente tentadores, sin duda el mejor programa de todas las televisiones, que educan una barbaridad, a como moverse, como hablar, como coger el cigarrillo, y como vestir, incluso como abrazar y como besar. Y algún día el aborto será permitido indiscriminadamente y todos nos sentiremos eminentemente libres y dispuestos a esperar la bomba, como algún día veremos ese capítulo en el que el marica de «Dinastia» se casa, porque eso es en definitiva lo que tiene que hacer, con gobierno socialista o sin. Casarse es definitivamente lo que se tiene que hacer antes de que caiga la bomba, de eso no hay absolutamente ninguna duda. Es definitivo y clásico. En fin y mientras tanto, me sentiré feliz viendo crecer a jovencitos y jovencitas que aun no se han casado y que por tanto saben exactamente lo que está pasando, y van al Studio 54 y joden más bien poco, pero sin duda saben exactamente lo que está pasando, me refiero, y eso está claro, que me voy a cortar el pelo tipo orinal, pero ya. Y a esperar.

Josep Costa

AVIS

EL DIVENDRES DIA 6 DE JULIOL (10 NIT) PROPERA REUNIO
DE L'INDIANO AL CASAL DE LA JOVENTUT.

SI ESCRIUS, VINE I LLEGEIX ELS TEUS ESCRITS,
SI NO PASSA-HO A UN AMIC QUE ESCRIGUI.

PUNTS DE VENDA DE L'INDIANO A LA LLIBRERIA XARXA I
AL CASAL DE LA JOVENTUT (TEATRE).

SI VOLS CONTACTAR AMB NOSALTRES

A AQUEST NUMERO TENS QUE TRUCAR: 379-83-85 (NITS)

UNO CINCUENTA

Posiblemente tendría 10 años. Ahora me parece que todo me ocurría a los 10 años. Aquel chico revoloteaba alrededor de mí, ofreciéndome pipas, «kikos», «cacaos» o «pegadosas» de fresa —como a mí me gustaban. Era dos años mayor que yo y su amistad significaba mucho para mí, hijo de una familia donde el «callarás cuando los mayores hablen» era un salmo. El caso es que en poco tiempo me convertí en su acompañante asiduo. Nos reuníamos en nuestra esquina del patio cada recreo y después, invariablemente, íbamos juntos a comprarle al «mono», un quiosquero cascarrabias, todas esas chucherías. Llevábamos batas a rayas, azules y blancas. Los chicos de azul, las niñas de blanco y los profesores para vigilarnos, instruirnos y desahogarse. La bandera estaba sucia y descosida y yo me preguntaba por qué en España había más sangre que oro.

Algunas veces un compañero de su clase venía y le invitaba a jugar, a jugar con los mayores; pero él generalmente no aceptaba y seguíamos paseando, girando, hablando, inmersos en el circuito de la valla. Yo era un pequeñajo, pero a él parecía no importarle. Paquito el de la Lola. Así se llamaba. Era vecino de una de mis tías. Yo la visitaba a menudo y conocía toda la familia de este chaval y supongo que también su vida pero ahora la he olvidado. Tal vez aún hacíamos aquellas expediciones familiares de cada fin de semana alrededor de las fábricas, humeantes y pestilentes. Decían que había que tomar el aire. Y nosotros lo tomábamos.

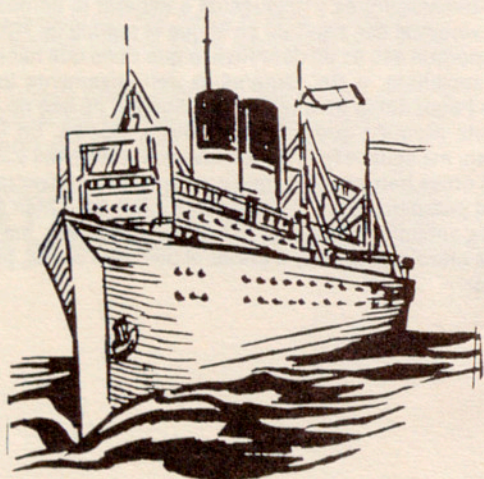
Tardé un tiempo en saber qué significaba para él pero eso era algo que no me interesaba especialmente. Yo era... podríamos decir, un cuñado en potencia, el cuñado de Paquito. Tengo una hermana tres años mayor que yo, que como todas se llama Mari, que a los 13 años era una niña gordita que tenía unas gafas oscuras que le tapaban el verde de sus ojos y una madre que le compraba toda la ropa. A Paquito le gustaba mi hermana y, aunque ella no lo supiera, para él yo era casi su cuñado. Y, como tales, podíamos tratar asuntos de hombres:

—¿Sabes? cuando están... al hombre le sale leche de la polla y a la mujer sangre de lo suyo.

La verdad es que yo no me lo creía mucho y él se daba cuenta:

—De verdad, lo he leído en el libro de la familia.

Y, yo, cuando algún tiempo más tarde, revolviendo por entre los cajones, encontré una especie de cartilla vieja, con aspecto de cosa oficial, que se llamaba Libro de Familia, comencé a hojearlo con ansiedad para comprobar las informaciones de mi iniciador. Pero lo único que conseguí fue saber qué día se casaron mis padres.



Un día, en la mesa, mientras comíamos, solté:

—¿Sabéis lo que me ha dicho Paquito el de la Lola? Que a los hombres les salen pelos en el pito. Que él ya tiene.

Mis padres estallaron en una carcajada.

En vista de mi éxito, continué:

—Y son así de largos. Y dice que tienen que crecer más. Entonces los del primo Juanito ¿cómo serán?... o los de papá.

Seguían las risas.

Como el pequeño de la casa vio que era gracioso, lo contaba todo:

—Así que tú le gustas, Mari.

—Pues vale.

La verdad es que me sentí frustrado al descubrir la poca importancia que daba mi hermana a tan transcendente noticia. Supongo que Paquito también notó este desinterés y poco a poco nuestra «familiaridad» fue decayendo.

En otoño, cuando el pie de todos los árboles estaba encharcado y yo me dedicaba a cazar en ellos lombrices para torturarlas después ayudado por mi corte celestial, un par de compañeros de los que yo era el jefe. Pues bien, al enseñarle a Paquito un hermoso ejemplar despedazado, sanguinolento, retorciéndose por el dolor entre el barro, me miró y sólo pudo decirme:

—¡Qué asco!

Juan Barbero

GRUNDA

12. —

Aunque salgas del barrio igual te llaman puta y si no que te lo cuente Marsha que es la que tuvo que salir corriendo cuando la muy loca se puso a escupir a los cuatro bastardos que la seguían desde que salió del cine Goya. Y si te dice que le gustan las porno mientras pone los ojos en blanco se te quitan las ganas de regañarla y te tienes que decir tu sola que es una locura ir a según qué sitios vestida de gala y sin nadie que te acompañe como es una locura si a pesar de todo decides ir el hacer caso al primer capao que te diga algo. Porque no se si lo sabes querida Marsha que para esta gentuza llevar el pelo verde o rojo o azul que no sé de que color ibas el otro día y minifalda de plasti-piel y medias de malla y yo que sé como ibas exactamente ese día, para esa gentuza digo, eres una puta y por favor no me digas que vale, que una cosa es de lo que vayamos tú y yo y la Pili y la Sandra y otra cosa es de lo que va la gente coño que ya no sé yo como explicarte lo que es teoría lo que es práctica y lo que es puñetera seguridad. Porque fijate que salía yo el otro día del insti que ya ves que está lleno de gente del rollo y que los del barrio tendrían que estar hasta los huevos de vernos vestidas así y me salieron unos bordes del Boquerón de Plata y se liaron a insultarme que si me gusta ser una zorra que si la mamo de canto que si tal que si cual pascual, ah y fijate que cachondo que a uno se le ocurrió llamarme punkta y ya los tienes a todos punkta punkta, o sea que si pasa esos donde ya te tienen vista pues imagínate lo que te puede ocurrir donde lo más moderno que han visto en su vida es a un tecno despistado. Por eso te digo que en todos los lados es lo mismo que o lo aguantas o te lías a ostias con el primero que pasa o lo dejas estar y vas de niña mona por la vida por que lo que le pasó a Marsha le ha pasado a Grunda y a Pili y a mí no te digo, la tira de veces. O sea que tú misma, si quieres meterte en el rollo pasa de los viejos y adelante pero sabiendo lo que hay que aunque yo te pueda aconsejar no voy a estar todo el día contigo quiero decir que te las vas a tener que arreglar solita que aunque sea tu hermana pequeña yo ya sé de que va la historia y no tengo muy claro si la vas a poder aguantar.

De «Abril.983»
José Gallofré

ENSUEÑO EL SEÑOR SIN SEXO

Se sentó en el borde de la cama apoyando los codos en sus desnudas rodillas, las manos abiertas cubrían sus entumecidas sienes. Permaneció así unos minutos, se levantó y se dirigió a la cocina. Preparó café y mientras observaba filtrarse el agua, se recostó en el marco de la puerta, contrayéndose al notar el frío de la madera esmaltada en su desvestido cuerpo.

El agua, antes transparente, había acarreado con toda la sustancia del filtro y caía negra al recipiente de abajo. Se llenó hasta arriba una alargada taza y se sentó en el viejo y cómodo sofá. Llamaron al timbre de la puerta pero no abrió. Miraba por la ventana que tenía justo en frente. Las últimas ramas de una higuera frenaban su mirada perdida en la imaginación. Se encendió un cigarrillo y el mal sabor de boca le recordó que no se había lavado los dientes. Se vió desnudo, sentado y cayó en la cuenta de que habían llamado a la puerta ¿quién sería? —Pensó— y dió una honda calada al cigarrillo a punto de consumirse. Se levantó y notó como su ojos se estrechaban y su boca se alargaba en una íntima sonrisa. Se volvió a sentar e intentó recordar el sueño de la reciente noche pasada, causa, momentos antes, de tan gozoso gesto... O mueca de la risa.

Las hojas verdes de la higuera desaparecieron de su vista, rebuscando ésta en su interior la evocación de tal ensueño,... esto es: acción del subconsciente en estado de letargo... Un señor muy alto, cuando estaba alegre, (cuando entristecía menguaba) de color verde unas veces, otras de azul. Sus ojos negros como la noche oscura. Sus orejas transparentes, acabando estas en punta y en la izquierda un pendiente largo cuando hacía divertidos juegos de mano. Corto, pero de un diámetro exagerado, cuando lloraba sobre una piedra de mármol blanco llena de símbolos extraños, grabados en su superficie. La nariz era perfecta, sus manos también, los pies...no, los pies no se los podía ver, siempre llevaba algo puesto, algo indescriptible, como si los quisiera ocultar. No tenía sexo, ni gritaba al hablar. ¿No tenía sexo? —pensó... Habló despacio y sin gritar... O sea que no gritó. Habló. Dijo algo, (no recuerdo qué) y se miró su cuerpo desnudo. No entendía muy bien lo de sin sexo... ¿como había estado pensando en el sueño, protagonizando éste un señor sin sexo? ¿de donde había sacado la imagen de Señor? ¿o lo de sin sexo?

Intentó seguir recordando, no obstante solo las veces que se apareció tan polémico señor le vinieron a la memoria. Dos veces que apareció de color verde claro, las dos desapareció de entre las llamas. Cuando iba de azul se despedía llevándose hasta sus ocultos pies un pesado sombrero de plomo con un pajarito de goma clavado a un muelle que salía de la última plataforma del tan pesado cubrecabezas.

Las hojas de la higuera volvían a coger forma y color ante su aventurera mirada, soñolienta.

Volvió a sonreír, esta vez exagerando casi los gestos. Se levantó y se fué al lavabo se lavó los dientes, se metió en la ducha. Llamaron a la puerta, estaba enjabonado y siguió duchándose. Acabó y se encendió un cigarrillo, se puso la bata, su piel se contrajo, le había salpicado el agua, y estaba un poco mojada. Se llenó otra alargada taza de café, se sentó frente a la máquina de escribir, una vieja y bonita M 40 OLIVETTI. Puso el folio en el carro y empezó a escribir.

Se sentó en el borde de la cama...

Isidro Nieto

ELLA PASSEJAVA PEL CASTELL DE CRISTALL
I CAIGUÉ QUAN ES VA ESMICOLAR
(SON QÜESTIONS IRRITANTS, LES BRUTALS TRENCADISSES.)

ARA VIU SOBRETOT ALS CARRERS, ENTRE ELS DRINGS
DE LES COPES, ELS GOTS I LES GERRES
ES CONSCIENT DELS PERILLS, I DORM MASSA.

ELLA SAP COM FRUIR
DE TRISTORS VORA EL MAR
I ALTRES GOIGS, QUE POTSER
SE M'ESCAPEN.

un b e S
SO TA El s F i a n a L S
co m un CaRR O De l O C

Josep Meizoso

Recordo les nits de tabac i cafè
recordo els matins de torrada i cafè
recordo els capvespres de sopa i cafè
recordo l'estació, encara nit closa,
amb fred als dits
amb fred al pit
amb fred al cor
recordo el gust amarg... del cafè

M'agradaria mirar-me en els teus ulls
que fossis font blava en els meus
m'agradaria beure en la teva boca
que fossis somnis dolços de la meua
M'agradaria la delicadesa de les teves mans
alimentant la meua pell oberta al secret
de sensualitat somniades en solitud.

Glòria Bassolas

FULGOR Y MUERTE DE ISAAC NEWTON

El hombre se balanceaba impelido por la fuerza del viento, sobre la barandilla del puente, el gesto sombrío, las manos dóciles y entregadas, dejando ver con claridad cuales eran sus intenciones.

Humanitario como soy corrí hacia la roja casaca que parecía retenerle en tierra todavía.

—¡Eh!, espere, no sea loco, ¿qué va a hacer usted?. Me miró con una expresión incrédula en los ojos, al punto que pensé que todo habían sido imaginaciones mías y que me hallaba a un paso de incurrir en la más espantosa de las impertinencias. Sin modificar apenas su gesto de inicial sorpresa, dijo:

—¿No lo ve?, voy a quitarme la vida.

—Pero... eso es ridículo —razoné— ¿qué le impulsa a ello? Vuelva aquí.

—No se acerque (ahora el tono de su voz revelaba la amenaza).

—Escuche, seamos razonables. Nada hay que posea el valor de una vida. Por otra parte la duración de nuestra existencia se halla en manos de Dios y no podemos despojarnos de algo que no poseemos, que nunca hemos poseído (no era mal argumento a menos que se tratara de un hereje librepensador que ¡ay! ya entonces eran numerosos). Además —proseguí— estoy seguro que cualquiera que sea el motivo que le arrastra a tan bárbara decisión no se trata sino de algo sin importancia que le ha sorprendido en un momento de desánimo.

El hombre me miró con tan evidente fastidio que pude ver claramente el mensaje de sus ojos: «oiga, amigo, si no va a saltar continúe su camino y no importune». En cambio, dijo:

—No, no desánimo, de ningún modo, mis razones, caballero, son poderosas, muy poderosas en verdad.

—No, no puedo creerlo —repliqué— no existe nada capaz de ese valor.

—¿Lo duda? (contestó con sorna)

—Sí, efectivamente, lo dudo (y mostre mi expresión de mayor desconfianza)

—Muy bien, caballero, —dijo— en ese caso escúcheme con atención y juzgue después si le he mentado.

Me apoyé en la barandilla y el extraño comenzó su relato.

—Hace ya algunos años, digamos, diez, yo vivía en las afueras de esta misma ciudad. Cuidaba de mi jardín con esmero y, gracias a algunas rentas que me quedaron a la muerte de mi padre, vivía con un cierto desahogo. En las largas tardes de mi retiro solía encerrarme en mi laboratorio, ¡oh! nada de importancia, le aseguro, y me pasaba las horas que distaban de la noche probando las reacciones de diferentes materias en diversas situaciones y realizando pequeños experimentos que llenaban mi ánimo de un inocente, pero legítimo orgullo. Mi existir podría haber continuado así durante años, tal vez hasta el fin de mis días, de no haber mediado un fatal incidente que vino a quebrar la paz en que me cobijaba. Por las mañanas, tenía la costumbre de dar un paseo por los campos vecinos, antes de dedicarme a mis habituales tareas jardinerías, una breve caminata sin prisas que tenía saludables efectos sobre mí durante el resto del día. Pues bien, una mañana como tantas otras, al menos eso creí yo entonces, y durante mi paseo sucedió, de pronto, un hecho sorprendente. Lo vi de repente alzarse al cielo, surgir de la tierra con poderoso orgullo, allí estaba el manzano. Como siempre, pensara usted, pero no, no como siempre, aquel día algo perturbador se refugiaba en él, algo que me impedía apartar la mirada, fascinándome. Sus frutos, suaves, sonrosados, parecían tirar de él hacia la tierra, sus ramas oscilaban a derecha e izquierda en un combate singular por desasirse de sus diminutos guardianes, yo asistía sobre cogido a la trágica pugna cuando en medio de un bramido desesperado el árbol dió una sacudida extremadamente violenta y va-

rias manzanas se precipitaron veloces hacia el suelo, hendiendo el aire en torno y yendo a estrellarse contra las recias raíces del noble prisionero.

Fue entonces cuando me asaltó la duda terrible que habría de cambiar el curso de mi vida: ¿es esto siempre así? y en caso afirmativo ¿por qué? ¿por qué era el trágico destino de las manzanas el saltar al vacío, quién sabe acaso contra su voluntad?. Al instante mi mente se vió asaltada por mil diversas ideas. Aturdido, poseído por la visión de la que acababa de ser testigo, corrí hasta mi laboratorio y, encerrándome en él, empecé, imaginé multitud de calculos que pudiesen llevarme hasta la última verdad, la causa y esencia de aquel fenómeno que hasta tal punto me había trastornado.

Pronto percibí que el trabajo que me proponía no era tarea fácil, durante meses no salí de mi laboratorio, día y noche trabajé febrilmente, el jardín antes objeto de mis atenciones desapareció poco a poco bajo la maleza, me alejé de mis ocupaciones cotidianas, investigué hasta el límite de mis fuerzas, entre tanto saltaba de una hipótesis a otra para acabar por descartarlas todas, experimenté con manzanas, con naranjas e incluso con plátanos, varias veces salté yo mismo desde sillas y mesas sin resultado alguno, y con el único fruto de alguna torcedura y dos dislocaciones al caer en mala postura, en el cénit de mi frenesí llegué a lanzar al aire varias libras que iban a parar, con una extraña obstinación digna de estudio, bajo el armario obligándome a los más variados ejercicios gimnásticos en mi empeño por recobrarlas! Cuántas veces me desalenté a lo largo de aquellos años creyendo fracasado mi empeño! ¡Perdido estaba en los arcanos de la Naturaleza! El tiempo pasaba y mis rentas se agotaban paulatinamente, pero yo volvía una y otra vez a iniciar mis experiencias con mayor devoción aún.

Por fin, en el atardecer de un día agotador, dí con la solución, el terrible enigma que durante tanto tiempo me había atormentado, llevándome de un laberinto a otro, quedaba esclarecido: Las manzanas caían a la tierra porque una extraña fuerza las atraía, la tierra no era sino un gigantesco imán de manzanas, tal vez era ella misma una inmensa manzana ¿habeis observado el achataamiento polar? ¡Ah, sí! Que idea para fundamentar una filosofía, una religión: la tierra no era sino la manzana-madre, las manzanas al caer vuelven al origen, hay aquí una tendencia intrínseca que... pero, no, eso ya es otra historia.

Alborozado corrí de un lado a otro, presa de una natural agitación. Mi descubrimiento bien merecía un nombre, sonoro, vital. Me tranquilicé, o por lo menos puse en ello todo mi empeño, y me apliqué a la búsqueda de un vocablo que hiciera justicia a la magnitud de mi teoría. Pronto descarté los vocablos «pometa», «manzanostesia» y «reinetesis» por parecerme poco claros, inadecuados y demasiado apegados a una metodología clásica en bautizos de esa índole. Empecé a jugar con las palabras que venían a mi mente, mezclándolas, alterándolas en busca de una definición que aún no hollaba los diccionarios. «Grivotad» estaba



bien, era bonito, pasé a «Gretavid» bueno, no sonaba mal, después «Gruvotad», más tarde «Grovtud» fatigado llegué a la conclusión de que «GRAVEDAD» era la palabra adecuada ya que en cualquier caso este era el estado a que me habían llevado mis prolongados descubrimientos. En confianza le diré que tentado estuve de denominarla «relatividad» pero lo encuentre algo pomposo ¿A usted que le parece?

—Si, bueno, quizá tenga razón. Continúe. (Ahora los dos mirábamos al río)

—Pulir mi teoría me llevo otras tres semanas. El peso tenía su influencia, cayendo más deprisa las manzanas más pesadas que las más livianas, y también el color parecía decisivo, ya que sólo las manzanas rojas corrían suerte tan malhadada, quedando las de color verdoso en las copas de los árboles, era por otra parte evidente que este suceso sólo se registraba en determinada época del año, lo cual, caballero, indica con nitidez el carácter migratorio de los frutos. Una vez hube retocado todos los puntos que en un principio quedaban en suspenso, me dirigí con la seguridad de inmediato triunfo y ornado a la sazón con mi mejor casaca a la Academia de las Ciencias de Londres. ¡Ah! amigo, en cuanto tuve la oportunidad de revelar mis descubrimientos los círculos científicos quedaron asombrados, no acertaban a dar crédito a lo que sin embargo se les manifestaba con irritante evidencia, al poco mi teoría volaba de boca en boca, frecuentaba las calles y los salones, y allí donde irrumpía causaba la admiración y la sorpresa. ¡Oh! Por supuesto que no fue una victoria fácil, hombres de ciencia con la más alta reputación pretendieron refutar mi teoría, unos me tomaban por un loco extravagante, otros más abiertos a nuevas ideas y concepciones del mundo más avanzadas me alabaron. Hasta que el 14 de Mayo en la Sala de Audiencias de la Academia, y ante la más numerosa de las concurrencias, llegué a lanzar al aire hasta cinco manzanas a la vez, cayendo todas al suelo en pocos instantes. Mi éxito fue arrollador, en todo Londres no se comentaba otra cosa, el mundo, por fin, se rendía a mis pies ensalzándome como al más original y celebrado investigador de la historia de Inglaterra, fue un tiempo de gloria para mí, las condecoraciones, los artículos, las conferencias, se sucedían a lo largo de todo el país, como bien sabeis en nuestro país no se puede ir a lo ancho, los títulos (el rey en persona me nombro Sir), las demostraciones se multiplicaban, era como si se hubiera desencadenado un terremoto de dimensiones colosales y justamente bajo mis pies se hallara el epicentro. Maravillado como estaba poco podía yo sospechar que pronto los honores dejarían paso a los más atroces de los vilipendios, que la admiración despertada empezaba ya a trocarse en repudio.

En efecto, los filósofos nacionales adoptaron mis teorías enseñada, pero hicieron notar que esta ley que abarcaba a todos los seres de la tierra impediría, o como poco dificultaría en extremo al hombre, la ascensión a los cielos por bondadosos que fueran sus actos en la tierra, la cuestión estaba clara ¿cómo podía el hombre acudir siquiera al limbo si una fuerza irremediable y constante le ligaba al planeta? La Iglesia, que ya desde un principio se había mostrado reticente a mis teorías, consideró que esto ya era demasiado y pidió al rey mi procesamiento. Por otra parte, argumentaban los teóricos, parecía también evidente que los ingleses más acaudalados, más enojados y con vestimentas más pesadas a la par que mejor alimentados serían los que más afeerrados se hallasen al suelo. El rey cayó en una profunda depresión ya que el siempre había sido tratado como el hombre de más peso en el país. De inmediato abandonó su corona y su cetro así como el manto de armiño que no eran sino lastres entre él y la divinidad. El temor se extendió por la corte que sintiéndose condenada fue presa de gran agitación y abandonó sus vestiduras ¿imaginais, señor, una corte, la más elegante de las Europas, en cueros para facilitar el tránsito a la gloria? El escándalo alcanzó a provincias, la producción se detuvo, los labradores y recolectores se negaron a recoger los frutos de la tierra, en especial las manzanas, temerosos e ignorantes de la energía de que eran portadores, «las manzanas las carga el diablo», pasó a ser una expresión popular y llena de connotaciones. En medio de la histeria general alguien pensó que tal vez esforzándose en dar grandes saltos ayudarían a liberarse de la maldición de la gravedad, la ocurrencia corrió como la pólvora, en poco tiempo todo el país andaba en cueros y dando continuos saltos que le liberasen, pasó a ser considerado un orgullo el ser llamados «salteadores de caminos».

Mientras tanto en la Corte, la vida cambió radicalmente, ya no se expendían los títulos tradicionales como señor de York o duque de Lancaster, ahora a la divisa del «tanto saltas, tanto vales» los agraciados recibían nombramientos como Conde del Asalto o Príncipe de Altos Vuelos, el honroso león que figuraba en la heráldica de nuestros mayores se vio suplantado en escudos y emblemas por ominosas ranas rampantes o por vulgares sapos de dudosa procedencia.

Desde el lugar en que me hallaba oculto recibí la noticia de que un grupo de exaltados radicales se disponía a mi búsqueda para instaurarme presidente de una desventurada organización clandestina conocida como Orden del Brinco.

Mi desazón iba en aumento cuando el rey dictó una orden de captura de mi persona, orden que con muchos esfuerzos y sacrificios he podido evitar durante estos largos años. Pero ahora que todo ha vuelto a la calma me encuentro ya demasiado viejo, demasiado cansado para reaparecer y volver a enfrentarme a la sociedad y de todos modos siento que ya no me quedan las fuerzas necesarias para seguir huyendo. Serenamente he llegado a la conclusión de que lo mejor es dar término a mis días. Me dispongo pues, caballero, a arrojarme a este querido Támesis otros días testigo de mis dichas, con lo cual espero conseguir no sólo mi preciado deseo de hallar la paz que hasta hoy me ha sido negada, sino además una nueva prueba de la veracidad de mi teoría.

—Pero, señor... (articulé)

—Sir Isaac Newton, caballero, 1642-1727

Dicho lo cual se lanzó al vacío.

Juan Zaldivar

POLAROID

Es inútil que busques en los rincones de tu casa.

No es necesario que abras los cajones del escritorio, del armario ropero.

No trates de mirar tras los cuadros.

Se positivamente que esa fotografía no existe; jamás ha sido impresionada esa imagen en tu Polaroid último modelo.

Porque está allí, en aquella mañana de duchas.

Estábamos todos en el balcón, enfrentándonos con el sol y tu objetivo impersonal.... una suave presión del dedo pulgar y yo ya no soy yo; soy la fotografía, somos todos nosotros en esa mañana de papel couché.

Yo ya no soy yo, porque estoy allí, apoyado aún en la baranda de aquel balcón esperando que aprietes de una vez el botón de tu Polaroid para que pueda descansar tranquilo... sin miradas, sin apenas un comentario sobre composición de colores.

Pero yo ya no soy yo, ahora estoy en dos dimensiones y te miro desde mi jersey marrón, sonriendo un poco —en la segunda, la boca entreabierta, un deseo en los labios— mirando a quien me mira.

Joan J. Lara



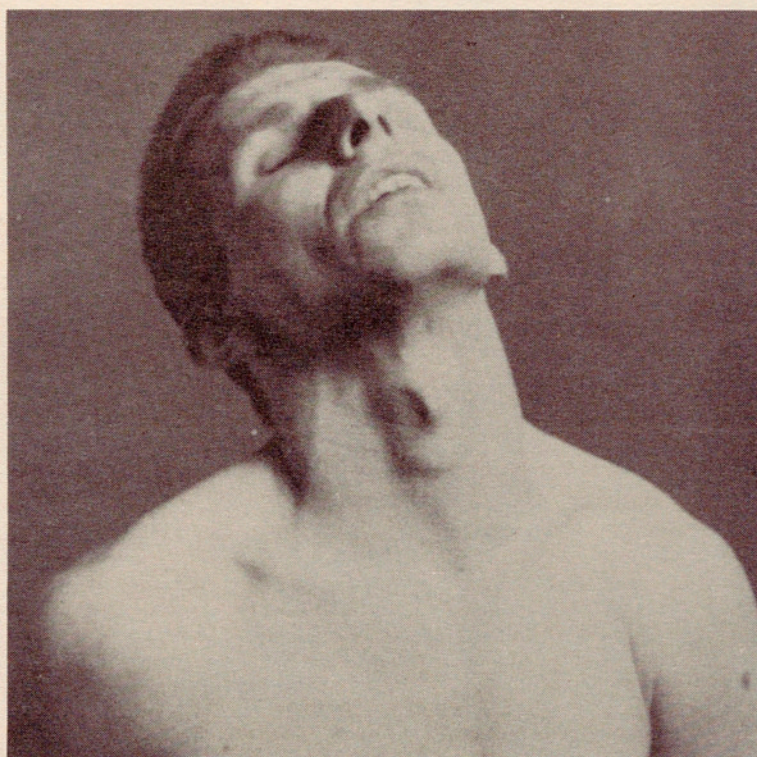
James Ford, 1979



Deborah Harry, 1979



Patti Smith, 1975



Larry Desmet, 1979